

# EL EMPLEO DEL TIEMPO EN LA SEGUNDA MUERTE DE RAMON MERCADER, DE JORGE SEMPRUN

María Angeles García López / Facultad de Filosofía y Letras

*La segunda Muerte de Ramón Mercader* representa para nosotros una novela difícil de analizar, no por la anécdota que, aunque complicada por una serie de acontecimientos marginales, se aclara en la mitad de la lectura, dilucidándose completamente al final de la misma. Ramón Mercader, agente soviético en España, al saberse descubierto por la CIA, decide viajar a Amsterdam y de ahí a Zurich para ponerse en contacto con sus jefes y enterarlos de su situación, y es asesinado sin lograr su propósito.

La dificultad de esta novela estriba en su estructuración, que funciona como una especie de collage, como una construcción realizada con partes aparentemente arbitrarias y tal vez absurdas, pero que la sustentan sólidamente. Entre los elementos que sostienen esta estructura el tiempo juega un papel muy importante en ella. Encontramos primero el tiempo psicológico, tiempo existencial, subjetivo, que no se puede medir porque está formado de angustia, de esperanza, de pesar, de ensoñaciones. Dentro de este tiempo subjetivo encontramos también el tiempo del recuerdo, aquel que podemos manejar a nuestro antojo, ubicándolo, por ejemplo, en el futuro, o en un pasado que puede ser reciente o inmediatamente lejano.

Por otro lado nos encontramos con el tiempo objetivo, cronológico, el tiempo real, mensurable, aquel que ejerce una fuerza que obra sobre las cosas, y de forma definitiva en las personas, el tiempo que de ninguna manera podemos evadir.

Advertimos en la obra un tiempo cronológico de tres días, contado desde el trece de abril en que llega Mercader a Amsterdam, hasta el día de su muerte que ocurre el dieciséis de abril. (Es necesario advertir que a pesar de tener noticias de algunos hechos de la novela diez días antes de la llegada de Mercader a Amsterdam, podemos decir que la acción de la obra, se inicia, precisamente, en este día.)

Los incidentes de la jornada de Mercader están envueltos en un tiempo nebuloso —como la misteriosa personalidad del protagonista—, e inestable. La novela se inicia con la evocación que le sugiere a Mercader la contemplación de un cuadro de Veermer. Continúa un breve presente, al que le sigue un tiempo de recuerdos y de monólogo interior, elementos que encontraremos con frecuencia en el transcurso de la novela y que le dan a ésta ese carácter de inestabilidad ya mencionado. El tiempo de la novela es eminentemente subjetivo, de ahí que su carácter cuantitativo pase a un segundo plano. Las acciones y pensamientos de Mercader casi nunca nos son dados en el momento preciso de su realización, sino que los conocemos por las reminiscencias del protagonista, o de otros personajes, por informaciones posteriores a los hechos, o bien como simples conjeturas, o posibilidades de acción, e inclusive como premoniciones. Nada es definitivamente concreto, pocas veces coincide el momento de la acción con el momento de la narración, de ahí que los tiempos verbales que predominan en la novela sean el copretérito y el pospretérito.

El tiempo de la obra se está transformando constantemente, esta alteración no sólo es temporal sino también espacial, ya que el autor nos traslada frecuentemente de lugar, tan pronto estamos en Rusia, como en España, México o Amsterdam.

El tiempo psicológico de la obra lo advertimos, por ejemplo, en los momentos de angustia sentidos por Mercader, durante su viaje a Zurich, cuando éste pierde su tranquilidad habitual al percatarse de que ha cometido un error en los telegramas que ha enviado a su esposa y que ésta se encuentra en peligro. El tiempo lento en que se ha estado desarrollando esta escena se congela, está suspendido por la desesperación del personaje. “De pronto se quedaba sin sangre, su corazón latía como queriendo romper el pecho, su mirada se velaba, la sangre se helaba en sus venas, se le ponían los pelos de punta, estaba a punto de desfallecer, la sangre hervía en sus venas, su estómago se contraía: la angustia, en suma la angustia abominable.”<sup>1</sup>

Las horas, los minutos, se convierten en el tiempo de la esperanza para Ramón Mercader, cuando de ellos depende el éxito o el fracaso de su empresa “Me preguntaba cuántas horas había ganado, sobre los tipos de la CIA. Necesitaba simplemente de veinte a treinta minutos de libertad, en Zurich. . .”<sup>2</sup>

Cualquiera que sea la extensión temporal, ésta adquiere, merced al elemento subjetivo, cualidades inconmensurables, posibilidades infinitas de ser, de vivir. “Diez minutos. Había sonreído. Nadie podría impedirle existir, durante esos diez minutos.”<sup>3</sup>

El autor interviene constante y directamente en la narración a manera de personaje encargado de manejar el cronómetro del tiempo de la novela, deteniendo el movimiento de las manecillas. Las interrupciones que hace Semprún son bruscas, sorpresivas, porque las hace, precisamente, en los momentos culminantes de la narración, como cuando Mercader se siente confiado creyéndose libre por algunos minutos en Zurich, estando cercado totalmente y a punto de perderlo todo, hasta la vida. En ese momento Semprún decide, tranquilamente, hacer un alto en la narración cambiando totalmente el ritmo de la novela. “Ahora, en esta historia, hay una especie de descanso. Como si alguien se pusiera a tocar la flauta, de pronto, aprovechando un silencio de los cobres. Una especie de descanso, un aire de flauta: más o menos eso.”<sup>4</sup> Pero no sólo altera el ritmo de la narración, sino que también modifica la dimensión espacial, trasladándonos de Zurich a Amsterdam “Henk Moedenhuik acabaría de volver a su casa, con el Nieuwe Totterdamse Courant bajo el brazo. Depositaría el diario sobre la mesa de entrada, llamaría a Beatriz.”<sup>5</sup> También nos desplaza de Zurich a España, en donde dos agentes de la CIA se aprestan a cumplir una misión. “A las doce cuarenta y cinco, ese 15 de abril, acaban de ponerse en camino. Han recibido, en un garage de Cea Bermúdez, el automóvil de alquiler que habían reservado. . .”<sup>6</sup> El denominador común de este movimiento espacial sería el tiempo, estas acciones se desarrollan exactamente a las doce cuarenta y cinco del 15 de abril de 1966.

Los recuerdos tienen capital importancia en la novela, ya que son en gran parte el elemento que da forma y vida a la narración. Las reminiscencias sucesivas de los personajes van aclarando todos los enigmas que se plantean en la obra. “Arthur Floyd no se sentía cómodo. No pudiendo zambullirse en su lectura preferida —en verdad, su sola y única lectura— se veía obligado a reflexionar de nuevo en toda esa historia de Mercader.”<sup>7</sup> Así, de esta manera, Floyd nos entera de todos los acontecimientos ocurridos.

Por otro lado, las evocaciones nos trazan la personalidad íntima de los protagonistas, como la del Viejo, Georgui Nicolaievitch, delineada por Mercader, o la misma personalidad de Mercader, aclarada, en una parte, por las evocaciones de su esposa: “Pero ella estaba sentada ante el tocador (. . .), pensando en otra cosa, en la mirada de Ramón, en esa expresión inquieta, de animal acosado (. . .) veía ese fulgor opaco en sus ojos, bruscamente, yo sabía que él estaba en otra parte, aunque pudiera repetirme, palabra por palabra, todo lo que yo acababa de contestarle (. . .) pero conocía desde tiempo atrás esa

<sup>1</sup>Jorge Semprún. *La segunda muerte de Ramón Mercader*, p. 215.

<sup>2</sup>*Op. cit.*, p. 214.

<sup>3</sup>*Op. cit.*, p.231.

<sup>4</sup>*Op. cit.*, p. 225.

<sup>5</sup>*Op. cit.*, p. 227.

<sup>6</sup>*Op. cit.*, p. 229.

<sup>7</sup>*Op. cit.*, p. 317.

capacidad de Ramón para abstraerse, voluntariamente, de una conversación de la cual registraría, sin embargo, los mínimos detalles en su memoria; esa posibilidad de desdoblarse, de franquear el espejo, de enmascararse detrás de una sonrisa, con un aire propenso que pretendía demostrar un evidente interés. . .<sup>8</sup> Las evocaciones nos ofrecen también varios pasajes llenos de elementos líricos que enriquecen la novela " Moscú estaba bella y salvaje en la luz dorada de la primavera. Una suavidad desgarrante lo había invadido, al correr de los minutos. La ciudad se despertaba, se hinchaba de rumores, de savia humana."<sup>9</sup> "El tiempo era gris y cálido, desagradablemente húmedo. Su primera impresión había sido aplastante. La ciudad parecía opaca, carcomida, como si el tiempo hubiera dejado de patinar las piedras de las fachadas y de los puentes para recubrirlas de una lepra impalpable e inquietante."<sup>10</sup>

Una de las características más importantes dentro del empleo del tiempo en la novela de Semprún, es el manejo de dos realidades cuyo espacio y temporalidad no coinciden entre sí, pero que el autor hace simultáneas utilizando como resortes el nombre de los protagonistas de las dos realidades, su condición de agentes soviéticos, su entrega a la causa y su posterior desilusión.

La estructura de la novela responde perfectamente a su tema, al ambiente de angustia y de suspenso en que se desarrollan los hechos, el método de Semprún para eslabonar todos los elementos, todas las escenas de la obra se parece a la técnica cinematográfica, en la que a base de enfoques sucesivos, rápidos y precisos, se nos van presentando diversas imágenes: "Entonces, en ese precioso (*sic*) momento, cuando él está escribiendo sobre la tarjeta de desembarco los datos de identidad solicitados (. . .) en ese preciso momento, en una especie de deslumbramiento, le parece adivinar por qué los americanos han tomado contacto con él (. . .) Es difícil de explicar. Sucede más allá de cualquier razonamiento, hasta de cualquier lenguaje. Es una continuidad de imágenes, bien conocidas, pero cuyo sentido cambia, estalla de modo totalmente nuevo, por su súbita superposición a otras imágenes, tan astutas y cargadas de significación en su banalidad."<sup>11</sup>

#### BIBLIOGRAFIA

SEMPRUN, Jorge. *La segunda muerte de Ramón Mercader*, Editorial Tiempo Nuevo. Caracas, 1970.

<sup>8</sup>*Ibid.*, pp. 91-92.

<sup>9</sup>*Ibid.*, p. 268.

<sup>10</sup>*Ibid.*, p. 308.

<sup>11</sup>*Ibid.*, p. 231.